

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Es también por la tarde y ha pasado un día.

ESCENA PRIMERA

DOÑA TRINIDAD, GENOVEVA, MARÍA ANTONIA y LUIS, sentados; PILAR y PEDRO, a una mesita, jugando al ajedrez; CABALÍN, leyendo un periódico. Luego JUANA, por la izquierda, trayendo un servicio de café.

GENOVEVA.—¿Tenéis plan formado para esta tarde?

DOÑA TRINIDAD.—Lo que dispongáis...

LUIS.—Podíamos ir a merendar a la Fuente Nueva.

DOÑA TRINIDAD.—Por mí, bueno.

Alzando la voz.

Queréis ir de merienda a la Fuente?

PILAR.—Vamos, sí.

Entra JUANA, deja el servicio sobre una mesa y mutis por la izquierda, pasando las dos veces por delante de CABALÍN. A la segunda éste le tira un poco de la falda.

JUANA.—¿Manda usted algo?

CABALÍN.—¿Y o?...

JUANA.—Nooo...

CABALÍN.—¡No!

JUANA.—Bueno...

Mutis.

DOÑA TRINIDAD.—Cabalín... Cabalín... Ya te he suplicado muchas veces que no gastes bromas con las muchachas...

CABALÍN.—Habrá sido sin querer... Pero reconocamos que es guapita y es pizpireta...

DOÑA TRINIDAD.—A ver si me obligas a echarla de casa...

CABALÍN.—¡Nerona!

DOÑA TRINIDAD.—Y lo sentiría, porque es muy buena muchacha.

LUIS.—No hay motivo para nada.

GENOVEVA.—¿Quién gana, Pilar?

PILAR.—Yo. Este anda muy distraído y le doy los jaques a mi gusto.

PEDRO.—Para que te confíes en las jugadas... y comerte el rey.

LUIS.—Viene el aire malo para la tradición y para los representantes políticos de las derechas. Los hombres de gobierno tienen que ir por la izquierda.

CABALÍN.—Y los coches también.

LUIS.—También, sí... Pero no hablábamos ahora de los bandos municipales.

Entra JUANA con botellas de licor y co-

pas. Al pasar se aparta un poco de CABALÍN, y éste le hace seña de que no hay peligro.

DOÑA TRINIDAD.—¿Cuándo tendrás formalidad, Cabalín?...

CABALÍN.—Cuando me demostréis que sirve para algo. Y, sobre todo, en los momentos en que no hay para qué tenerla.

LUIS.—Eso va en el genio.

GENOVEVA.—Y Dios te conserve el tuyo.

MARÍA ANTONIA, *que está sentada, pensativa, se levanta de un brinco.*

DOÑA TRINIDAD.—(Sorprendida.)—¿A dónde vas?

MARÍA ANTONIA.—(Natural.)—A servir el café.

DOÑA TRINIDAD.—Eso está bien..., pero no hace falta levantarse bruscamente, que nadie te corre.

LUIS.—(Riendo.)—¿Tienes azogue?

DOÑA TRINIDAD.—Sí parece que lo tiene estos días, sí...

MARÍA ANTONIA.—(Riendo.)—Vosotros diréis por qué... Motivo no tengo ninguno.

Encontrando la mirada de CABALÍN, que la observa, escudado con el periódico.

¿Mucho?

CABALÍN.—¿Mucho motivo?

MARÍA ANTONIA.—¡Mucho azúcar!

CABALÍN.—Sí, sí... ¡dulzón!

MARÍA ANTONIA.—¿Y tú, Pedro?

PEDRO.—Dos terrones.

MARÍA ANTONIA *va sirviendo a todos.*
JUANA *lleva las tazas.*

GENOVEVA.—¿Hay alguna noticia, Cabalín?

CABALÍN.—Todavía empiezo ahora, y estoy por los anuncios.

GENOVEVA.—¿Empiezas por los anuncios?

CABALÍN.—Por lo más interesante. Mira: «Señorita virtuosa y con buenas referencias, se ofrece para acompañar señora sola o gobierno casa sacerdote respetable.» ¡Quién fuera sacerdote... o señora sola!

DOÑA TRINIDAD.—¡Cabalín!

CABALÍN.—Para estar bien asistido, mujer.

DOÑA TRINIDAD.—Ya, ya...

JUANA.—El café.

Apartándose en curva.

CABALÍN.—(Después de indicarle que no hay cuidado.)—Pero te lo debo...

JUANA.—En la cuenta irá...

Mutis.

CABALÍN.—Y pizpireta... ¡Hay que reconocerlo!

MARÍA ANTONIA.—Nos vamos a beber una copita de anisete...

CABALÍN.—Ya sabes que no bebo.

MARÍA ANTONIA.—Pero hoy tengo yo gana de chocar contigo.

CABALÍN.—¿De chocar?

MARÍA ANTONIA.—Las copas.

CABALÍN.—Pues por mí no queda.

MARÍA ANTONIA.—Por el hombre más simpático del mundo.

CABALÍN.—¡Por la mujer...! ¡Por la mujer de Luis!

LUIS.—No te pudo hacer elogio más grande; que yo te creo la mejor de todas y la más hermosa.

MARÍA ANTONIA *se inclina.*

PILAR.—¿Qué haces, Pedro? Este peón es de los míos...

PEDRO.—Es verdad, sí..., de los tuyos.

PILAR.—Estás muchas horas en Belén, Pedrito.

PEDRO.—Es que no dejan atender con el barullo.

PILAR.—¡Pues a fijarse!

MARÍA ANTONIA.—Voy a ir bebiendo a sorbos para saborear el anisete... y la galantería.

Se sienta en el brazo de un sillón.

CABALÍN.—¡Yo, de una vez! Siempre fui rápido en mis decisiones.

DOÑA TRINIDAD.—Antonia, hija, siéntate como Dios manda.

MARÍA ANTONIA.—Pero mamáita, ¿tú crees de veras que andarán por el cielo escandalizados los angelitos diciendo: «¡¡Uy... María Antonia sentada en el brazo de un sillón!!»?

CABALÍN.—A no ser que sillón fuera apellido...

MARÍA ANTONIA.—Pero no lo es.

DOÑA TRINIDAD.—No digo yo que se trate de ningún crimen ni de ninguna incorrección...; pero no cabe duda que aun está mejor el hacer las cosas

como todo el mundo y sentarse en el sitio que para ello se destina.

MARÍA ANTONIA.—Pues te complazco muy a gusto. Basta que tú lo mandes.

Y se deja resbalar del brazo al asiento.

DOÑA TRINIDAD.—¡Pero así no!

MARÍA ANTONIA.—¿No así? Pues con toda prosopeya.

Se levanta y vuelve a sentarse con pulcritud y esmero.

¿Complacida, doña mamá?

DOÑA TRINIDAD.—Complacida...; pero no acaban de satisfacerme esos pícaros nervios.

PEDRO.—¡Es imposible jugar aquí!... ¿Vamos fuera a concluir la partida?

PILAR.—Vamos.

Entre los dos cogen la mesita, y mutis por el foro.

DOÑA TRINIDAD.—¿Quieres que vayamos también nosotras, Genoveva? Es la hora de venir Lorencito, el novio de Pilar...

GENOVEVA.—Vamos, ya lo creo.

DOÑA TRINIDAD.—Los dos son muy formales, mucho...; pero a veces pasan horrores con mucha formalidad.

GENOVEVA.—Tienes razón. Aun no temiendo nada, es siempre muy natural tu vigilancia.

Mutis las dos por el foro.

ESCENA II

MARÍA ANTONIA, CABALÍN, LUIS, CEFERINO, por la izquierda:

CEFERINO.—¿Se puede?

LUIS.—Adelante.

CABALÍN.—¿Qué hay, Ceferino?

CEFERINO.—La firma, señor ministro.

A LUIS.

El corre...

CABALÍN.—Venga.

CEFERINO.—*(Volviéndose, rápido, le entrega un sobre grande o una cartera, y después se vuelve de nuevo a LUIS.)*—Correo, don Luis.

LUIS.—Gracias.

Se aparta y lo lee, abriendo las cartas.

CEFERINO.—Buenas tardes, señorita...

CABALÍN.—¿Avisó usted a los albañiles para empezar mañana a recomponer el tejado?

CEFERINO.—Sí, señor; pero no irán mañana.

CABALÍN.—¿Por qué?

CEFERINO.—Tienen miedo.

CABALÍN.—¿Tan ruinoso está aquello?

CEFERINO.—Sí, señor; pero ahora el miedo es a que no les paguen. Se les deben ya tres arreglos.

CABALÍN.—Lo sé. Pero el caso es que disponible de momento no tiene dinero el Tribunal.

CEFERINO.—Ni nadie, señor ministro.

CABALÍN.—Ya veremos lo que se dispone. Aguarde.

Mutis por la derecha.

ESCENA III

Dichos, menos CABALÍN.

CEFERINO.—Sí, señor.

LUIS.—Debían construir otro Tribunal de Cuentas, porque el actual, por fuera al menos, es una vergüenza.

CEFERINO.—Pues no digamos por dentro. Aun así así los salones del público y las salas de los señores ministros; pero lo demás es un espanto. Y lo nuestro... ¡un horror!

MARÍA ANTONIA.—Creo que llueve en las habitaciones de ustedes...

CEFERINO.—Igual que en la calle..., sólo que más tiempo..., porque ya terminó la lluvia y aun sigue escurriendo el agua por las tejas... y por nosotros.

MARÍA ANTONIA.—¡Estarán bien!

CEFERINO.—Regular... Mi señora y yo nos defendemos con los impermeables, y a la niña le ponemos sobre la colcha el tapete de la mesa, que es de hule. Lo malo es que la niña, si se destapa, se moja, y si no se destapa, se ahoga.

MARÍA ANTONIA.—¡Es un crimen el tener así a la gente!

LUIS.—¡Una infamia!

CEFERINO.—No tanto, no tanto. A todo se acostumbra uno... y durmiendo de uniforme, con impermeable y capucha, se remedia el frío también. Y como ya lo sabemos, al llegar la hora de acostarnos, en lugar de decir: ¡Ea, a desnudarse y a la cama!..., decimos: ¡Ea, a vestirse y a la cama!

MARÍA ANTONIA.—Será curioso el espectáculo...

CEFERINO.—Para fotografía, sí, señora. Pero debe ser muy higiénico, porque ninguno de nosotros tuvimos un mal resfriado en todo el invierno.

MARÍA ANTONIA.—¿A que resulta un sanatorio?

CEFERINO.—Mejor. Se muere menos gente... Y, además, señorita, ¡es tan bonito aquello!

MARÍA ANTONIA.—¿Cómo que bonito?

CEFERINO.—En el cuarto de un servidor han empezado a brotar por las paredes unas cositas verdes muy monas.

MARÍA ANTONIA.—¿Musgo?

CEFERINO.—Puede que sea musgo, sí... Ya veremos en la primavera si no son parras o castaños... ¡Está aquello precioso! Es la Moncloa del Tribunal de Cuentas. Y luego por los boquetes entran los pajaritos y los ratoncitos y las arañitas... ¡La Moncloa, la Moncloa!

MARÍA ANTONIA.—Hay que arreglar eso inmediatamente, aunque pierdan ustedes un poco en paisaje y en sociedad.

CEFERINO.—Si fuese posible...

MARÍA ANTONIA.—(*Poniéndole una mano en el hombro.*)—Corre de mi cuenta.

CEFERINO.—¿De veras?

MARÍA ANTONIA.—(*Poniéndole las dos manos.*)—Hoy mismo le hablo a don Juan de Dios.

CEFERINO.—¿De veras?

MARÍA ANTONIA.—Y si dice que no hay dinero, se lo presto yo. Y si dice que no hay albañiles, voy yo misma a retejar.

CEFERINO.—Muchas gracias, muchas gracias...

LUIS.—Y yo influiré también un poco...

CEFERINO.—¡Muchísimas gracias! Entonces le diré a la niña que vaya despidiéndose del hule, porque ya le llegó a tomar cariño.

MARÍA ANTONIA.—(*Dándole la mano.*)—Pues descuide, Ceferino.

ESCENA IV

Dichos; CABALÍN, por la derecha.

CABALÍN.—Ese pliego a Secretaría y que saquen tres copias.

CEFERINO.—Sí, señor.

CABALÍN.—Y usted, en Madrid, lléguese a casa de González, que hace ocho días que no aparece por el Tribunal, a ver si realmente es verdad que está enfermo.

CEFERINO.—Sí, señor.

CABALÍN.—¿Qué tiene?

CEFERINO.—No sé que tenga nada.

CABALÍN.—¿Y entonces para qué contesta usted que sí?

CEFERINO.—Que sí, que iré a enterarme, señor ministro, como usted dispone; pero no que sí que yo lo sepa, señor ministro.

CABALÍN.—Bueno. Cállese.

CEFERINO.—Sí, señor.

CABALÍN.—¿A qué viene ahora ese sí señor?

CEFERINO.—No, señor; no viene ahora a nada.

CABALÍN.—¡Cállese, hombre!

CEFERINO.—(*Atortolado.*)—Sí, señor.

CABALÍN.—Y no abra la boca cuando no tenga nada que responder.

CEFERINO.—No la abriré; no, señor.

CABALÍN.—Mire, márchese!

CEFERINO.—Sí, señor.

CABALÍN.—¡¡Ceferino!!

MARÍA ANTONIA.—Si es que lo atortolas, Cabalín.

CEFERINO.—Atortolo; sí, señora. ¿Manda usted algo, señor ministro?

CABALÍN.—(*Riendo.*)—Que se vaya usted... si puede ser.

CEFERINO.—Con mucho gusto, señor ministro, con mucho gusto... A la orden de usted...

Marcha hacia el fondo.

MARÍA ANTONIA.—Por aquí...

Llevándolo.

CEFERINO.—Por donde sea, que no veo del susto...

Volviéndose en la puerta.

A la orden de usted, señor ministro.

CABALÍN.—Váyase.

CEFERINO.—Sí, señor.

Mutis por la izquierda.

ESCENA V

Dichos, menos CEFERINO.

CABALÍN.—Es un charlatán imposible...

MARÍA ANTONIA.—Lo que parece es un infeliz...

CABALÍN.—Las dos cosas a la vez.

MARÍA ANTONIA.—Bastante desgracia tiene. No seas tirano, Cabalín...

Mutis por la derecha. CABALÍN la mira marchar algo inquieto, como si temiera que aprovechara aquel momento para ir de conversación con Pedro.

LUIS.—Tengo que emprender el viaje a París antes de lo que hubiera querido, por lo del estampillado, que dió una subida al exterior y hay un buen margen de negocio. Y si nos divertimos un mes y me traigo además unos miles de francos...

CABALÍN.—¿Eso es que te llevas la mujer?

LUIS.—¡Claro!

CABALÍN.—Me parece admirablemente.

LUIS.—Saldremos, lo más tarde, allá el miércoles o el jueves.

CABALÍN.—Admirable.

LUIS.—Y pienso también llevarme a Pedro.

CABALÍN.—¡Ad... admirable!

LUIS.—Necesito una persona de mi confianza, y si había de ganarse otro la comisión y los corretajes, que se los gane Pedro, que al fin es pariente y amigo y...

CABALÍN.—Lo reúne todo, sí. Pero quizá la oficina...

LUIS.—Ya le arreglaremos la licencia como otras muchas veces.

CABALÍN.—Bueno.

Sentándose.

LUIS.—(Acercando una silla.)—La verdad...—y en buena hora sea dicha—es que no puedo quejarme de mi suerte. Todos con salud; dinero entra en casa bien abundante; disgustos no hay... ¿Qué más voy a pedir? ¡Se ve la mano de Dios!

CABALÍN.—¡Pues agárrate!

LUIS.—¿Agarrarme?

CABALÍN.—Claro. Para no soltar nunca tan buen asidero.

LUIS.—¡Ojalá y sea!

CABALÍN.—Seguramente lo será. Ahora que yo, en tu caso, me iría solito con la costilla. A los matrimonios les conviene un poco de independencia y de aislamiento.

LUIS.—A nosotros ya, no sé para qué.

CABALÍN.—Pues para eso que no sabes.

LUIS.—Bah, bah... Y por independencia no quedará, que mientras trabajemos Pedro y yo, puede María Antonia correr a su gusto los almacenes y los modistos.

CABALÍN.—Tienes razón.

LUIS.—Los hombres estorban para esas correrías.

CABALÍN.—Sí que estorban los hombres, sí...; sobre todo en plural.

LUIS.—Y hay que ayudar algo a los parientes cuando ellos lo merecen y a uno le consta que lo necesitan y que...

Interrumpiéndose.

¿Quién andará por la Biblioteca?...

CABALÍN.—¡¡Nadie!!

LUIS.—¿No has oído crujir las tablas?

CABALÍN.—No...

LUIS.—Pues escucha.

CABALÍN.—¡Cualquiera! Un criado...

LUIS.—Deben estar almorzando...

CABALÍN.—Sí. A propósito... ¡qué exquisito estaba el arroz hoy!

LUIS.—Sí.

Y se queda escuchando.

CABALÍN.—(Aparte.)—Este no quiere arroz ahora.

LUIS.—Me habré engañado...; pero voy a hacer cambiar los pisos este invierno, que es un escándalo cómo suenan.

Riendo.

Lo que es si alguien fuera por allá arriba con secretos, pronto lo descubriríamos.

CABALÍN.—Es una buena idea.

LUIS.—¿La de descubrirlo?

CABALÍN.—¡No! La de cambiar las maderas.

Pone el codo en el respaldo para escuchar disimuladamente.

LUIS.—Probablemente habrá que reforzar las vigas, o quizá algún hierro.

CABALÍN.—Muy probable...

LUIS.—Puede que me decida por las viguetas y rasilla, aunque luego entarime, porque así ya queda para siempre.

CABALÍN.—Para siempre, y es mucho más práctico...

Alzando la voz.

Yo soy muy partidario del hierro...

LUIS.—Calla...

CABALÍN.—Porque es lo más seguro...

LUIS.—¡Calla! Sigue el ruido...

CABALÍN.—¡No he notado nada!

LUIS.—Yo sí.

Levantándose.

Voy a ver quién es.

CABALÍN.—(Levantándose y deteniéndole.)—Hombré..., Luis... Si te decides por la rasilla me permito recomendarte con verdadero interés una casa que hace preciosidades.

LUIS.—¿Preciosidades? ¿En qué?

CABALÍN.—En eso.

LUIS.—¿Pero tú sabes lo que es la rasilla? Es la-drillo más delgado.

CABALÍN.—¡Precisamente la casa que te recomien-do los hace delgadísimos!

LUIS.—Bueno. Ya me darás las señas.

Marcha.

CABALÍN.—(*Deteniéndolo.*)—¿Prefieres ir tú o que te mande al representante?...

LUIS.—Lo mismo me da. Voy a mirar...

CABALÍN.—¿Para qué te molestas en subir?...

ESCENA VI

Dichos; MARÍA ANTONIA, por la derecha.

LUIS.—¡Como si lo viera! Algún chiquillo a caza de estampas en los libros. Hoy le estiro las orejas.

CABALÍN.—(*Que ya respiró tranquilo al entrar MA-
RÍA ANTONIA.*)—Harás muy bien, sube, sube...

Mutis por la izquierda.

MARÍA ANTONIA.—Sube, sí...

CABALÍN.—Son el demonio los chicos...

MARÍA ANTONIA.—Son...

ESCENA VII

Dichos; PILAR, por el foro.

PILAR.—Oye, Antonia...

Se la lleva aparte, sentándose juntas;

CABALÍN vuelve a leer su periódico.

Ahí está Lorenzo.

MARÍA ANTONIA.—Buen milagro. Todas las tar-des viene de palique.

PILAR.—Pero hoy exige la contestación inme-diata.

MARÍA ANTONIA.—Eso nadie como tú misma lo ha de resolver. Tú sabrás el amor que le tienes.

PILAR.—Así así...

MARÍA ANTONIA.—No es mucho...

PILAR.—Comprendo que es un buen muchacho y que me quiere...; pero no es el ideal mío, que yo desearía un marido como el tuyo: muy listo, muy trabajador y muy generoso, para gastar cuanto yo quisiera.

MARÍA ANTONIA.—Más que retrato de marido parece retrato de administrador.

PILAR.—Y desde luego, querernos. Lo mismo que vosotros. Pero Lorenzo es un empleadito, ya sé el máximo de sueldo a que puede llegar... Y, sobre todo, es un poco bobalicón y no sabrá nunca abrirse carrera en los negocios. Claro que todavía es muy joven y quizá se despabile con los años...

MARÍA ANTONIA.—No te confíes en esa esperanza. ¡No, Pilar, no! El que es tonto lo es por mucho tiempo.

PILAR.—Ese es mi temor.

MARÍA ANTONIA.—Pues recházale.

PILAR.—Pronto lo aconsejas... Porque también re-chazarle no teniendo a mano ningún otro preten-diente...

CABALÍN.—(*Indignado.*)—«No teniendo a mano ningún otro.» ¡Qué fórmula tan delicada y tan halagüeña para los hombres! Como quien dice: «Me puse este trapo porque no tenía otro cerca...» ¡Muy bonito, niña, muy bonito!

PILAR.—Dispensa, Cabalín...

MARÍA ANTONIA.—Anda a lo tuyo, Pilar...

PILAR.—¿Y qué le digo?...

MARÍA ANTONIA.—Pues mira... no siendo el ideal del amor ni el ideal de la conveniencia, me parecería un disparate que te ligaras tan pronto... Y si al mismo tiempo no te conviene romper en absoluto esas relaciones con Lorenzo..., dale cuerda un poco más a éste y que aguarde sin contestación terminante.

CABALÍN.—(*Levantándose indignado.*)—¡También es bonito eso para la noble especie varonil que represento! ¿Dale cuerda, eh? Como a un reloj de sobremesa o a una jaca en doma... ¡Muy bonito, señora, muy bonito!... ¡¡Había de ser conmigo!!

MARÍA ANTONIA.—¡Que no te lo habrán hecho!

CABALÍN.—¡Jamás!

PILAR.—Y por lo visto sin enterarse...

CABALÍN.—¡Muy bien, niña! Llevas una escuela..., una alta escuela..., que promete.

Sentándose.

¡Pobres hombres!... ¡Los compadezco!

PILAR.—Y yo.

MARÍA ANTONIA.—Aunque le disgusta a Cabalín, no creo que tengas de momento mejor salida.

PILAR.—Pues eso haré.

MARÍA ANTONIA.—No te apresures a resolver... Cuando te ciegue un cariño o te desvanezca una posición..., bien. ¡Pero sin cegar por algo no te ligués eternamente a nadie! Piensa que todos los ideales sólo por conseguirlos se empequeñecen..., y si empieza a bajar el que tú considerabas muy en alto, aun podrá descender mucho quedando todavía a buena altura... Pero si empieza a bajar el que ya en las horas de ilusión no estuvo muy elevado, pronto lo has de ver tan hundido que ni sensación de hombre te produzca.

CABALÍN.—A veces ocurre...

MARÍA ANTONIA.—A veces... Y no será lo triste que caiga por los suelos el ideal realizado, sino que el corazón..., o la imaginación..., o los dos juntos se aferren a seguir buscando por el mundo el otro ideal, el que sueñan y no se realiza.

CABALÍN.—A veces ocurre...

MARÍA ANTONIA.—A veces...

PILAR.—¡Yo no quiero que me pase a mí esa desilusión!

MARÍA ANTONIA.—Pues ya lo sabes. Dale esperanzas...

CABALÍN.—Y dale cuerda. Ya lo sabes también.

PILAR.—Si no es más que eso...

CABALÍN.—¿Es fácil?

PILAR.—Facilísimo.